

EL EBRO Y EL CANTÁBRICO: EL REINO DE CASTILLA ENTRE BURGOS Y VIZCAYA. UN VIAJE PERSONAL POR MI HISTORIA

JUAN JOSÉ LABORDA MARTÍN
Doctor en Historia

RESUMEN: *El autor juega con el espacio y el tiempo para evocar una Castilla de vocación marítima. Mezclando sus conocimientos como historiador, con los recuerdos de su infancia, el autor recorre los paisajes geográficos e históricos de Burgos y de Vizcaya, ofreciéndonos su personal punto de vista sobre nuestro pasado y nuestro presente.*

PALABRAS CLAVE: Castilla, Burgos, Vizcaya, Bilbao, río Ebro, río Cadagua, río Nervión, mar Cantábrico, mar Mediterráneo, ñacinos (*Biscay's medieval faction*), gamboínos (*Biscay's medieval faction*), behe-trías (*medieval system of election in rural villages*), Fueros del Señorío de Vizcaya de 1452 y 1526, Butrón, Diego López de Haro, contestable Fernández de Velasco, conde de Treviño.

ABSTRACT: *The author plays with time and space to evoke a maritime vocation of Castile. Blending his knowledge as a historian with memories of his childhood, the author covers the geographical and historic landscapes of Burgos and Biscay, offering his personal perspective on our past and our present.*

KEY WORDS: Castile, Burgos, Biscay, Bilbao, Ebro River, Cadagua River, Nervion River, Bay of Biscay, Mediterranean sea, ñacinos (*Biscay's medieval faction*), gamboínos (*Biscay's medieval faction*), Jurisdiccions of the Lordship of Biscay in 1452 and 1526, Butron, Diego López de Haro, contestable Fernández de Velasco, Count Trevino.

“Cuando el buque que me trajo de África a España atracó en los muelles del puerto de Bilbao no me extrañó el paisaje natural que vi entonces. Campos verdes, arboledas y bosques cerrados de diferentes especies botánicas, y matorrales asociados con musgos que invadían los bordes de las construcciones humanas. El sol no era capaz, aunque estábamos todavía en verano, de traspasar la masa de grandes nubes blancas, que estaban arraigadas a la superficie de la tierra mediante una niebla que difuminaba el horizonte; horizonte que no iba mucho más allá de un centenar de metros.

En Portugalete monté en un autobús para dirigirme inmediatamente a Madrid con los demás pasajeros del barco. Aunque estaba emocionado al ver, por primera vez en mi vida, España y Europa, apenas extrañé, durante el primer tramo del viaje, las formas geológicas, los montes y valles cubiertos por vegetación, y la frecuente lluvia que caía armonizando el panorama. No era muy distinto al que había dejado en mi país.

Al pasar el desfiladero de Pancorbo sentí una descarga visual sin precedentes. El sol caía de plano sobre unos campos agostados y con muy pocos árboles, y su extensión se dilataba hasta una distancia que, hasta ese momento, sólo había contemplado en los límites del mar.”

Así me ha relatado su experiencia paisajista un amigo guineano, que lo es de toda mi familia. Le he pedido varias veces que me cuente su primer contacto con España, y siempre aporta un matiz nuevo a ese descubrimiento de Castilla. Hace ya bastantes años que mi amigo me lo expuso por primera vez, y su testimonio personal estuvo en mi cabeza cuando redacté mi libro de Historia.

No piensen que yo he embellecido su relato. Cuando llegó a España a finales de los años sesenta, becado para estudiar Ciencias Económicas (que cursó en Bilbao), era ya un muchacho culto e imaginativo.

Trabajó muchos años como economista aquí en España, de hecho goza de la doble nacionalidad, y en estos últimos años está empeñado en crear la primera Caja de Ahorros de Guinea Ecuatorial, con las dificultades que tiene, siendo como es, un miembro de la oposición legal al régimen ecuatoguineano.

Si perfilo su interesante personalidad –que algún día podría ser noticia internacional– es porque su percepción del contraste entre las tierras al norte y al sur del Ebro tiene todas las virtudes, científicas

y prácticas, de un descubrimiento, de una visión clara y distinta; una mirada que no estaba distraída por la rutina de quien no presta atención alguna al paisaje cotidiano.

Hagamos ahora el viaje en sentido contrario: de Castilla a la ría del Nervión, sólo que esta vez, la imaginación hace el recorrido de la mano de la Historia.

Hasta el siglo XI, las tierras cantábricas eran inhóspitas, y el mar tenía mucho de reliquia espantosa del diluvio universal. Esas tierras habían sido pobladas mucho antes, y los romanos usaron sus puertos naturales para comerciar con la Galia, como se ha probado con las monedas imperiales que se han encontrado en radas, como Castro Urdiales, y en rías como la del Nervión.

La relación de la ría bilbaína con la Galia se descubre en su toponimia: Portu-galete, Galea, Gallarta, Galindo o Galdames, nombres célticos o galos que festonean su desembocadura.

Pero los cultivos de la “era” –en el múltiple sentido de la palabra–, el trigo, las vides y el aceite, se cultivaban mal o no se cultivaban en esa franja cantábrica, que los climatólogos denominan “holohúmeda” –“comarcas siempre húmedas”–; lo que supone lo siguiente: el número de días despejados al año en la fachada cantábrica es de 40, es decir, un día sin nubes por cada nueve cubiertos. La humedad relativa del aire está de media por encima del 70 por ciento, alcanzando frecuentemente índices cercanos a la saturación en la costa. Mientras en Castilla entre los meses más y menos húmedos se da una diferencia del 50 por ciento en los índices de humedad relativa, en el Cantábrico no llega al 7 por ciento la diferencia entre los meses más y menos lluviosos.

La descarga visual que experimentó mi amigo al llegar a la Meseta, o la precaución que tuvieron los antiguos castellanos para adentrarse en los lluviosos bosques –selvas, señalan las antiguas fuentes escritas, como el Cantar del Mío Cid–, son signos psicológicos de una realidad asombrosa: el extremo oriental del Cantábrico es una de las áreas más lluviosas de Europa, y a pocas leguas –una legua es lo que recorre una caballería en una hora– los campos se resecan en verano.

La “esterilidad de esas tierras” (como argumentaban los fueros y cartas pueblas de esas comarcas) no eran capaces de mantener mucha población en las comarcas cantábricas.

El número de habitantes de sus villas y valles rurales siempre fue menor al de las tierras de cereal de Castilla: Burgos, Valladolid, Medina del Campo, Medina de Rioseco o Villalón, también villas con potente comercio internacional, estuvieron más pobladas hasta el siglo XVII, y desde luego, fueron fundadas muchos siglos antes que las villas cantábricas.

¿Pero qué sucedió en los siglos XI y XII?

El tiempo climático fue más cálido y los mares del Atlántico Norte se convirtieron en un espacio atractivo (para mercaderes y para caudillos, fueran reyes, aspirantes a reyes, vikingos o cristianos).

Castilla se sintió atraída por la mar. Su salida natural al Atlántico era el Duero, por Oporto (el Puerto por antonomasia). Oporto había sido repoblado por el reino de León, tras vencer a los musulmanes. Pero en 1179, el papa Alejandro III consagró la independencia del Reino de Portugal, en su bula “Manifestis Probatum”.

Así que Castilla se lanzó al Atlántico por el Cantábrico.

El Ebro puede que haya dado su nombre a la Península Ibérica, la tierra del río “Iber”. Era la salida natural para el mar civilizado desde los fenicios: el Mediterráneo. Pero Castilla tenía con Aragón un problema parecido al de Portugal: una frontera política dificultaba su comunicación y comercio marítimo. Hasta la Edad Media, el Cantábrico era “el mar que estaba encima del Ebro”, “Kant-Ibricum”, al parecer una construcción nominal latino-germánica, según opina José Bustamante Bricio.

Uno de los núcleos primigenios de Castilla se encontraba en “la Castilla más vieja de Castilla la Vieja”, según la poética definición de Jaime Oliver Asín: Castilla surge en torno del primer tramo del río Ebro, entre Sedano y el Valle de Mena y las Encartaciones, comarcas de behetría, con hidalgos que elegían a sus señores feudales, paisajes con permanentes praderas verdes.

La primera vez que se escribe el nombre de “Castilla” fue en un documento procedente del desaparecido monasterio de San Emeterio en Taranco de Mena, del 15 de septiembre del año 800; entonces el Valle de Mena era el límite norte-oriental del reino de Asturias, siendo su rey Alfonso II, el Casto.

Castilla era todavía una comarca del reino asturiano. Su vocación, diríamos hoy, logística, llevó a la originaria sociedad castellana hacia

el mar, y todo lo que éste significará: navegación, comercio, industria, conocimiento de otras sociedades, interacciones culturales, científicas, políticas, en resumen, un espacio marítimo que sería después el centro del mundo y de la Historia Universal. Por causas que se conocen bien, Castilla perdió el impulso atlántico en los siglos posteriores, y ese fue el factor de fondo que llevaría al estancamiento de la economía y de la sociedad castellana (y en buena parte española) hasta tiempos recientes.

Pancorbo y el puerto de Bilbao están relacionados hoy.

En esa comarca primordial de Castilla, los ríos son encrucijadas.

El Ebro, cantábrico por su nacimiento, sin embargo se orienta –nunca mejor dicho: se orienta, mira al Este, a Roma, a Bizancio, también a la Meca, a la India, a China–, se orienta hacia el Mediterráneo.

El Ebro es la arteria esencial de España.

A muy pocas leguas, sin embargo, otro río se desliza hacia el Cantábrico: el Cadagua, “Caput Aqua”, que vertebra el Valle de Mena y se encauza en Valmaseda para confluír, muy cerca de Bilbao, con el Nervión, y transformado en ría salobre, sale a la mar por el Abra bilbaína.

Detengámonos de nuevo a finales del siglo XII.

En 1199, Lope Sánchez de Mena, señor de Bortedo, pariente del señor de Vizcaya, funda Valmaseda, la primera villa que se crea en el Señorío de Vizcaya. Después se concederá la carta fundacional a Orduña, que queda adscrita al linaje de los López de Haro, señores de Vizcaya, aunque su posesión, como ocurrirá con Valmaseda, bailará al ritmo de las luchas de los nobles castellanos, entre sí y con los monarcas (que por cierto fueron parientes cercanos suyos).

Todavía no hubo capacidad para crear otras villas en el interior de Vizcaya. Bilbao se fundará un siglo después, el 15 de junio de 1300, por don Diego López de Haro V, señor de Vizcaya, yerno de Alfonso X el Sabio, conocido como “El Intruso” por su fea costumbre de meterse adonde no tenía ningún derecho. Murió en 1310, y fue enterrado en Burgos, en el convento de San Francisco, del que no queda más que unas ruinas trágicas en el centro de nuestra ciudad.

Esos señores fundadores de villas vizcaínas, para descansar, para holgar, preferían las tierras castellanas, incluso para descansar por toda la eternidad. No fue posible en el caso de don Diego. Entre los

franceses de Napoleón y los ingleses de Wellington arrasaron a cañonazos el cómodo sepulcro que “El Intruso” venía usando desde el siglo XIV.

Pero un siglo antes, Valmaseda, y después, Orduña, fueron las cabezas de puente de Castilla con el territorio marítimo. Allí, junto con Vitoria, se instalarán las aduanas o “puertos secos de la raya del Ebro”, como se conocerán hasta que en 1841 se trasladen al litoral cantábrico.

El río Ebro era el límite “o raya” entre dos espacios geográficos, tan diferentes como complementarios.

La nobleza, hambrienta de tierras y codiciosa de nuevos negocios comerciales, empezó a colonizar las tierras holohúmedas del Cantábrico.

Los Fernández de Velasco se apoderan de las aduanas y de sus ingresos aduaneros, hasta que siglos después, con Felipe II, reviertan a la Corona. Don Pedro Fernández de Velasco, el padre del Condestable, comprará el señorío de Villaverde de Trucíos, por medio millón de maravedís, muchos años después, en 1440; Trucíos es un enclave desde que en el siglo XIX se abolieron los señoríos.

Los Manrique son otro linaje que cruzará la línea del Ebro hacia el norte. Pedro de Manrique, conde de Treviño, primo del Condestable –aunque a veces su enemigo declarado–, posee el condado de Treviño, y con el Estado liberal se convertirá en otro enclave.

Son las consecuencias de que las provincias forales mantuvieron su estatus administrativo hasta años después de que Javier de Burgos crease la división provincial en 1833.

Pero volvamos a los tiempos del siglo XII.

Estoy convencido que a la vez que esos grandes linajes castellanos, otros hidalgos de esa merindad de Castilla la Vieja también siguieron los cauces del Nervión y del Cadagua para asentarse en las tierras costeras, escasas en pan y en vino, pero ricas en hierro, y al poco tiempo, necesarias para cargar las sacas de lana merina en sus puertos y radas.

El retablo de la iglesia de San Nicolás es un alegato de esa Castilla que está abierta al mar y al comercio. San Nicolás es el patrón protector de los mareantes y de los mercaderes en casi toda Europa. En dos cuadros del retablo que hicieron los Colonia, se representan dos naves características, que pronto se aventurarán a cruzar el Atlántico.

Vuelvo a la Castilla originaria del Ebro y del Cadagua.

El magnífico libro de Carlos Estepa Díez sobre “Las behetrías castellanas” me dio confianza para sostener que el Butrón vizcaíno procedía de cualquiera de los lugares Butrón burgaleses, lugares como Villaescusa de Butrón, Ahedo de Butrón y Porquera de Butrón. Estos núcleos estuvieron habitados por hidalgos, que su vez elegían por “behetría” (bene-factoria) a sus caudillos protectores.

Esos Butrón arraigaron en Vizcaya, con la misma superioridad nobiliaria que siempre caracterizó a los hidalgos castellanos.

Los Butrón vizcaínos fueron “parientes mayores” de uno de los dos bandos que dieron nombre a la “guerra banderiza”. Durante más de doscientos años, estos “parientes mayores” fueron capaces de movilizar a grandes grupos clánicos, basados en vínculos familiares y clientelares. Los Butrón eran los caudillos del bando “oñacino” (tomaron el nombre de un pariente guipuzcoano, Gil de Oñaz, que su vez estaba emparentado con el linaje de Loyola, el del santo jesuita).

El otro bando, los “gamboínos”, se llamaron así porque Gamboa fue un antiguo “pariente mayor” guipuzcoano, pero esos caudillos pertenecerán a las familias vizcaínas Avendaño y Arteaga.

Pero la guerra banderiza se extendió desde el Labort francés, cuya capital es Bayona, hasta la Trasmiera cántabra; y desde Navarra hasta las comarcas castellanas vecinas a las Encartaciones vizcaínas. Y aunque en Vizcaya terminó en 1471, cuando los dos bandos se pusieron de acuerdo, con el apoyo de los príncipes Isabel y Fernando, en los demás territorios la guerra banderiza duró hasta que los Reyes Católicos asentaron su poder, después de vencer en la Guerra de Sucesión castellana, en 1480.

Si ese reinado es el que hace posible la existencia de la Monarquía hispánica, –ese recuerdo de unidad que atraviesa con melancolía toda la Edad Media, desde la monarquía Asturiana hasta el condado de Barcelona y la Marca Hispánica catalana, y desde Castilla hasta Aragón–, en Vizcaya, la obra de los Reyes Católicos, y la de su hija, la reina Juana, y de su nieto, el emperador Carlos V, será también crucial para que ese pequeño territorio cantábrico encuentre un lugar destacado dentro del Estado que se crearía en esos reinados.

La ría de Bilbao será el cauce de comunicación comercial, primero, entre Castilla y los mares del Norte europeos, y después, entre

España y las dos orillas del Atlántico. El cauce servirá también para que la cultura se adhiera al tráfico mercantil. Y eso se mantendrá hasta hoy.

El Señorío de Vizcaya se institucionalizará mediante los dos Fueros, el de 1452 (pero que realmente será asumido gracias a la paz banderiza de 1471), y el definitivo de 1526, otorgado por Carlos V, en las Cortes de Valladolid de 1527, y que se imprimirá inmediatamente en Burgos, el 24 de julio de 1528.

En este Fuero de 1526, los dos parientes mayores firman ese código legislativo en lugar preferente; es un símbolo del consenso foral. Con pompa se escribió en 1526: “y los señores don Juan Alonso de Mújica y Butrón, señor de Aramayona, y don Juan de Arteaga y Gamboa, señor de la casa y solar de Arteaga” (los títulos eran unas pretensiones fantasiosas, aunque en los cien años posteriores, ambos apellidos escalaron hasta el nivel de los Grandes de Castilla, emparentando con la aristocracia, incluso hasta nuestros días.)

El linaje de los Butrón está presente en Vizcaya desde el siglo XII hasta el siglo XVIII; en mi libro sobre el Señorío de Vizcaya, los Butrón son el hilo conductor de lo que denomino “la Edad Clásica Foral”, un período que se inicia con la aprobación del Fuero de 1452 y que entra en su ocaso en 1727, después de la terrible revuelta vizcaína de 1718.

Pero también los Butrón están presentes en mi vida. Lo más cercano es el cuadro que hay en el Senado, en el que está retratado un Butrón: “don Rodrigo de Mújica y Butrón, del Consejo secreto de SM en el Estado de Milán, su maestro de campo, general en el reino de Sicilia y capitán general de caballería ligera del Ejército de Extremadura y conquista de Portugal, año de 1663”.

¡Vaya personaje!

Un noble guerrero; viste media armadura, cabello negro, largo y peinado en dos mitades que enmarcan un rostro afilado, con barba oscura; una moda opuesta a la de los “cabezas rapadas” de los revolucionarios ingleses, recientes regicidas.

Era un descendiente de aquellos Butrón que al grito de ¡apellido! hacían tajadas –si podían– a sus enemigos –por ver “quién valía más en la tierra”–, y tenían la tradicional costumbre de quemar villas y caserías de los valles, preferentemente con sus enemigos dentro, en cualquier caso, abrasando a sus inocentes vecinos.

Después del pacto foral y de su victoria de 1471 sobre Fernández de Velasco, los Butrón fueron entregados y fieles soldados para los Reyes Católicos, y para los monarcas de la Casa de Austria. Así que subieron rápido como balas de cañón en la nomenclatura aristocrática de aquellos siglos. Con el nuevo rey Borbón se equivocaron; por ser leales a los Austria, se apuntaron a la oposición, y perdieron.

Hace unos años le mostré el cuadro de don Rodrigo de Mújica y Butrón a sir John Elliott, el historiador británico. Le conté estos detalles raciales de esa aristocrática familia y mi relación casi metafísica con el linaje Butrón, del que ahora confesaré ciertos secretos personales.

El cuadro tiene un gran tamaño, Elliott lo contempló atentamente, y gozosamente dijo en voz alta: ¡Pero si es uno de mis amigos!

¡Nuestros amigos de hace siglos!

Maquiavelo fue el primero que narró las sugerencias de la imaginación, ¿o realmente se aparecen los seres a los que devolvemos a la Historia?

Maquiavelo le escribió esta carta a su amigo Francesco Vettori (1470-1539): “Al caer la noche vuelvo a casa y entro en mi estudio, en cuyo umbral me despojo de aquel traje de la jornada, lleno de lodo y lamparones, para vestirme ropas de corte real; y así, ataviado honorablemente, entro en las cortes antiguas de los hombres de la antigüedad y por cuatro horas no siento el menor hastío; interrogo a los hombres de la antigüedad sobre los móviles de sus acciones, y ellos, con toda humanidad, me responden. Olvido todos mis cuidados, no temo la pobreza ni me espanta la muerte; a tal punto me siento transportado a ellos todo yo.”

Siempre sostengo ante mis alumnos que Maquiavelo fue un moralista; en esta carta, además, Maquiavelo recomienda la buena educación y la urbanidad.

Pero continuo con mis amigos Butrón de hace, por lo menos, 500 años.

Desde mis 6 años a los 10 me pasé más tiempo malo en la cama que en el colegio. Cuando volví al aula había crecido algo más, pero desde luego no aumentaban mis conocimientos reglados. ¡Seguía estando en un mundo distinto del de aquellas aulas! Mi padre consultó al médico de la familia, y éste le recomendó que me fortaleciese

en cuerpo y espíritu en alguna de las playas cercanas a Bilbao, con lo cual mi madre –y no mi padre que nunca cogió vacaciones– se puso a veranear en una villa vizcaína, famosa porque el yodo de sus playas hacía maravillas a chicos esmirriados como yo.

De entonces me viene mi encantamiento con la mar.

Esa villa vizcaína se llama Plencia o Placencia (como figura en la carta puebla que el mismo fundador de Bilbao le otorgó unos años antes). Ahora se rotula Plentzia, que al menos se parece más que Gaminiz, locativo vasco que intentaron ponerle sin éxito entre el vecindario, pues los “plencianos” empezaron a mirar muy mal a aquellos municipios con intenciones bautismales.

A lo que íbamos. Plencia es un puerto que está situado en la desembocadura de la ría de Butrón; los plencianos son tan suyos que hablan, a veces, de la ría de Plencia. En unos mapas de hace tres siglos, que descubrí en un pleito en la Real Chancillería de Valladolid (y que figura en la portada de mi libro), esa ría se denomina ría de Butrón. Atraviesa varios municipios, antes de salir al mar por Plencia, pero no existe locativo alguno con ese nombre: Butrón era el “apellido” con el que esos parientes mayores llamaban a sus secuaces en la comarca.

En la cabecera de la ría, en la anteiglesia de Gatica, se levanta el castillo de Butrón, un increíble castillo de estilo romántico-bávaro, que fue un capricho –carísimo– de un descendiente de los Butrón de comienzos del pasado siglo: el marqués de Cubas (otra metafísica sugestión: al Congreso de los Diputados se accedía por la calle marqués de Cubas, hasta hace poco).

Pero hay fotografías del “palacio” (así se menciona en un testamento de un Butrón de 1401) anterior al actual castillo: una casa torre de gruesos muros y troneras alargadas, aneja a unas edificaciones que eran, hasta el siglo XVIII, “las ferrerías de Butrón, el más importante centro siderúrgico de Vizcaya, descontando los que existían en las Encartaciones”.

Siendo un chaval que aún no había hecho la primera de las dos reválidas del plan de 1957, subí navegando por la ría hasta su cabecera, en un gigantesco bote de madera de otro chaval amigo de la “cuadrilla” (la “cuadrilla” se empleó para agrupar vecinos en los alar-des militares de los antiguos vizcaínos). Después, he navegado esa ría muchas veces, y lo hice encantado siendo mis hijos pequeños.

Por donde hace siglos avanzaban con la marea las pinazas estibadas con mineral férrico, la vena cargada en el puerto de Somorrostro (ya desaparecido), hoy surcamos unas aguas saladas, a través de un paisaje originario, a veces exuberante, con las mismas especies de tiempos pasados. Cuando mi amigo guineano me menciona bosques originarios que vio cuando llegó a Vizcaya, me traslado mentalmente a la ría de Butrón.

Al final de la travesía, existe una cascada artificial, formada por una presa escalonada de piedra. Allí nos bañábamos, y pescábamos peces. Desconocíamos qué eran esas construcciones. Ahora sé que son vestigios de aquellas ferrerías y de sus molinos de marea con los que obtenían energía para sus industrias.

Plencia estaba dominada por los Butrón. En su edificio civil más antiguo e importante, el palacio del Consistorio del siglo XVI, el escudo de los Butrón sigue dándole una extraña grandiosidad: en una rara leyenda escrita en vizcaíno, por 1603, se lee: “Muxica a dentelladas con los enemigos; Butrón como es, todos lo saben, vencedor soy. Pueblo estáte en guardia.”

En la iglesia parroquial, donde la liturgia era tan distinta a la liturgia reglada y disciplinada de mi colegio, la gótica tumba de algún Butrón está presente en mis recuerdos. Las reformas del último Concilio tuvieron la consecuencia de borrar el pasado: fotos, y recuerdos como los míos, es lo que queda de una antigua Historia.

Tuve la inmensa suerte de descubrir los bienes y diplomas que los Butrón acumularon durante generaciones, desde los siglos medievales. En el inventario de bienes del último miembro de esa saga, muerto en 1711, sentí la poderosa impresión de que me montaba en la máquina del tiempo de Herbert George Wells. El primer legajo lo encontré en un cuaderno de un escribano que se halla en el Archivo Histórico Provincial de Vizcaya. Por los signos que mostraba, era la primera vez que se abrían sus folios desde que fueron cerrados por el escribano, cuando éste envió el inventario a la Real Chancillería de Valladolid. Aún saltaba la arena de piedra pómez con que el escribano secó su caligrafía.

El segundo legajo sobre los bienes del último “pariente mayor oñacino”, don Francisco Idíaquez Butrón y Mujica, duque de Ciudad Real, asombrosamente, se encontraba igualmente inédito en el archivo de la Sala de Vizcaya, en la citada Chancillería.

Si conseguí captar la esencia feudal que guardaban aquellos legajos –y que creo que impregnan hasta el estilo de mi narración histórica– fue porque los paisajes fundamentales de mi vida han estado siempre presentes.

Entre el mar Cantábrico, el Ebro y Castilla se cifra la historia de mis antepasados familiares, y la mía más querida.

El viaje personal por mi historia debe ser verdad, pero aún no se ha dicho y escrito todo; como en las series interesantes, aparece siempre una palabra cargada de esperanza: ¡continuará!